



RETRATO DE UN HOMBRE DE PIE

JUAN CRUZ RUIZ *(es alumno de Emilio Lledó)*

Cuando eres joven, e incluso adolescente, un maestro es lo que esperas de la vida. Y yo lo tuve; lo tengo aún. Tuve varios maestros, en realidad, y todos se parecen entre sí. Si elijo los dos que me influyeron más cuando me estaba formando como persona hallo en ellos diferencias y similitudes, pero hay unos rasgos comunes: la honestidad, el sentido común, el sentido del humor. Esos rasgos los hacían asequibles, estaban ahí, en su plataforma magistral y sin embargo podías plantearles dudas, discutirles, mostrarles un respetuoso desacuerdo. Y siempre estaban, jamás te daban la espalda porque tú les dijeras que no opinabas como ellos o que no aceptabas sus planteamientos.

Fue una suerte. Uno de esos maestros es el objetivo de este escrito, que aparece junto a filósofos, profesores, gente que ha estudiado su pensamiento, que sabe de él casi todo lo que hay que saber. El otro era Domingo Pérez Minik, autodidacta tinerfeño al que llamábamos don Domingo y al que debo la pasión por leer y por ser honesto.

El otro, claro, es Emilio Lledó Íñigo, a quien todos los chicos llamábamos don Emilio en los años de Comunes de la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Laguna. Yo lo sigo llamando don Emilio, deferencia que me sale del alma y que él me reprocha con la vaga coquetería de quien, en el fondo, sabe que además de respeto, y respeto total, ese don con que lo distingo es también la señal de una ilimitada admiración filial.

Esa admiración tiene rasgos racionales, cómo no. Él llegó a la Universidad de La Laguna un año antes de que yo ingresara en ella; venía de aprender a trompicones algunas materias de las que sigo sin saber nada, los profesores me parecían, más o menos, seres cuya sustancia estaba en los libros en los que nos hacían estudiar, y no sentía que tuviera un verdadero maestro, alguien que me indicara, además, por dónde ir en la vida. Entonces acaso eso no importaba tanto, porque la vida luego va por donde le da la gana. Pero sí convenía una guía, una voz que fuera delante como una luz.

En esas circunstancias entré en la Universidad de La Laguna, cuando ya don Emilio estaba allí. Él tenía 37 años, que son los años que tiene mi hija Eva en el momento en que redacto estas líneas de homenaje a mi maestro. A él le hace mucha gracia escuchar que yo ahora lo veo como le vi entonces, tan joven; no es una cuestión de edad ni de apariencia. Pasa con los padres: a medida que suceden los años tú los sigues viendo con los mismos ojos que tuviste; marchan contigo, viven tu vida, van envejeciendo, pero continúas percibiéndoles como los que fueron. Hasta que un día se produce un click, siempre pasa, y ya tú eres el padre que tuviste.

Con don Emilio ha pasado esa cosa extraña: le sigo viendo como aquel joven catedrático de 37 años, pulcro, elegante, subido en la tarima sin papeles en la mano, delante de la inmensa pizarra verde o negra, de pie firme ante un numeroso grupo de muchachas y muchachos que respiraban con contención para que al maestro no lo inquietara ni un solo ruido. Ni una mosca podía toser ante el hombre que nos miraba hablando desde el encerado.

Ahora que lo digo es cuando me doy cuenta de lo que sucedía: don Emilio nos miraba hablando. Es decir, detenía sus ojos en todos y cada uno de nosotros al mismo tiempo; no dejaba que nuestra mirada fuera neutralizada por otro pensamiento que el que impulsa la necesidad de saber, de comprender. Una vez captada nuestra atención, el profesor nos tenía con él, éramos sus cómplices. Y cada uno, es decir, uno por uno, nos sentíamos mirados y como hipnotizados por un verbo que arrebatava nuestra atención y nos hacía de la materia de que está hecha la felicidad del aprendizaje.

¿Qué decía? Don Emilio traía cada día un asunto a clase; lo que le distinguía de los profesores que habíamos tenido es que jamás miraba un papel, no llevaba fichas, no nos exigía que tomáramos apuntes, y nos hablaba de las cosas que ocurrían, o que nos ocurrían, con la franqueza del que aprende con nosotros. Eso era lo que sucedía: él aprendía con nosotros; y aprendía de historia de la filosofía, de sus grandes maestros, a los que aludía como si hubiera tomado unas copas con ellos la tarde anterior, hablaba de la felicidad (que él sentía muy honda y muy próxima en ese entonces), hablaba de la duda, del peligro de las certidumbres, de los bienes de la democracia.

Nos preparaba para vivir, no para aprobar gracias a sus apuntes. Y nosotros estábamos ante él extasiados realmente. Llegamos a creer, y algunos lo creemos aún, que don Emilio tenía hilo directo con Platón y con Kant, que se carteaba con Heidegger o con Miguel de Unamuno, y que habla con Fichte de tarde en tarde por teléfono; ahora es posible que creamos que con todos ellos usa las páginas de Internet, porque don Emilio era también, y lo es, un hombre muy moderno, muy sabiamente moderno. Es decir, un moderno con sustancia, no un moderno de las moderneces, que es como él llama a las naderías.

Ese era el hombre, el profesor, allí de pie, frente a nosotros. Estaba tan arriba y tan próximo, sin embargo. Era magistral pero sencillo; le ibas con unos apuntes, con un

ensayo disparatado (yo le hice uno sobre Fernando Arrabal y el movimiento pánico) y mostraba su entusiasmo como si te estuviera poniendo a su nivel. Ya me hubiera gustado poderlo hacer a mí, podía decirte, y era posible que tú te lo creyeras, porque él dominaba un sentido de la persuasión que fue el que le hacía un gran profesor, un maestro extraordinario.

Me gustaría hablar de esos modos, que fueron los que le convirtieron en un ser excepcional para nosotros. Los acompañaba de un porte verdaderamente elegante, de joven educado en el extranjero; peinaba su pelo ya escaso con la unción del que sabe que la apariencia es como la puerta de las casas, y vestía trajes de colores verdes o marrones claros, y tenía corbatas de algodón que yo miraba como si ahí residiera parte de su personalidad. Caminaba firme, un poco de lado, llevando un maletín que guardaba, para andar mejor, debajo de sus axilas.

Es curioso, era un gran andarín y yo sin embargo le recuerdo sobre todo de pie ante el encerado, como si pocas veces le hubiera visto andar por los oscuros pasillos de la universidad o por la zona donde el campus se hacía Colegio Mayor San Fernando y aparcamiento de los profesores. Sólo una vez ha quedado en mi memoria la figura de don Emilio fuera de esos ámbitos estrictos y encerrados de la clase, y fue cuando nació uno de sus hijos. Él tenía un BMW, un automóvil alemán con el que se desplazó desde la Península (en barco, claro está) y con el que circulaba por la isla. Muchos años después supe que ese era un coche que le dejó su suegro, el padre de Montse, su mujer, su amor, su vida. Y en ese BMW paseaba a uno de sus hijos pequeños mientras su mujer se preparaba para dar a luz otro vástago. Entonces don Emilio distraía al niño mayor para que hubiera paz en la casa mientras venía la otra descendencia.

Ese momento de intimidad candorosa de padre mayor (mayor para mí, entonces) e hijo pequeño, quedó para siempre en mi memoria, y aún hoy no me la puedo despegar. Tampoco es preciso hacerlo, porque forma parte de la colección de memorias que tengo de este hombre extraordinario que, con su sencillez, marcó sin querer el destino de nuestra manera de aprender.

Esas enseñanzas tuyas se quedaron luego prendidas no sólo del entendimiento sino también del sentimiento, como muletas que uno utiliza en momentos de grave turbulencia, o como argumento para bajarnos los humos cuando tendemos a la grandilocuencia. Muchas he dicho, sin hablar de él, algo que él nos enseñó, y que encierra una filosofía vital que conviene subrayar para que no nos afecte la ventolera de la frivolidad en los argumentos. Decía don Emilio, ante nosotros, desde el encerado, que dentro de todo sí había un pequeño no y que dentro de todo no había un pequeño sí. Es probable que eso estuviera trufado, como un relato más, dentro de un discurso más complejo y más largo, pero a mi ese destello se quedó en mi mente como una lección de humildad democrática, y se me quedó para siempre. A don

Emilio no le gustaba entonces, y siguió sin gustarle, la prepotencia como método para relacionarse con los otros; para él la conversación era de importancia tan grave como el pensamiento, y si uno no pensaba con los poros abiertos, si uno no entendía que el otro también podía tener razón (o razones) uno terminaría siendo un fatuo. Y, lo que es peor, un ser antidemocrático.

Era lo que nos enseñaba en esas clases: oficialmente profesaba historia de la filosofía, esa era su disciplina, pero realmente nos enseñaba comportamiento democrático. Alguna vez se lo dije, más adelante, cuando ya yo tuve la osadía de ser su amigo, de viajar con él, incluso de ser su editor, o cuando disfruté del enorme respeto de la disensión. Usted nos enseñó democracia. Entonces eso era revolucionario; don Emilio era como una ventana, y en la universidad también. Estábamos en la época aún verdaderamente oscura del franquismo, que por otra parte jamás se aclaró del todo, y su discurso era claramente antitotalitario, disoluto; como decía don Domingo, el otro maestro, el de Lledó era un aire disociador, no se casaba con nadie, no vivía para hacerle el caldo gordo a la realidad ni a los que mandaban en la realidad. Era un hombre libre que había conocido la libertad y venía para contar qué era eso.

Como él dice algunas veces hablando de otras cosas, era una gozada. Nosotros no sabíamos entonces, porque esas cosas no se sabían, que don Emilio había padecido la guerra, había visto muerte y desolación, y persecución; su historia familiar y su propia historia fue la historia del acoso que sufrieron, en la guerra y en la posguerra, millones de españoles a los que persiguieron los que no sabían, y no querían saberlo, que dentro de todo no hay un pequeño sí, y viceversa. Arrostró esas dificultades, pero no nos las contaba; él no era el protagonista de sus clases; antes que él estaban Platón, Kant, Fichte, Schopenhauer, Ortega y Gasset e incluso Rainer Maria Rilke. Porque don Emilio era también un poeta. Y si no hubiera sido un poeta acaso no nos hubiera seducido tanto. Pero esa es otra cuestión que ahora no toca, la poesía de don Emilio.

No sabíamos eso, que había sido un perseguido, y por tanto no podíamos ni siquiera intuir que esas directrices abiertas que nos daba para ir por la vida sin avasallar, escuchando, venían precisamente del sufrimiento de esa época, de haberle visto la boca sucia al sistema totalitario, a la violencia sin límites de la perversidad dictatorial. Cuando nos decía sus reflexiones sobre la esencia filosófica y obligatoria de la democracia don Emilio estaba haciendo memoria de las humillaciones sufridas, y estaba mostrando su confianza en la educación distinta de nuevas generaciones que, algunos años más tarde, fuera capaz de afrontar la vida y la patria entendiendo que la vida y la patria eran afluentes de un río inmenso en el que cabemos todos.

Así aprendimos con él. Y de pronto se fue. Le llamó la Península otra vez, y se fue a Barcelona. En Barcelona murió Montse, lo cual fue una tragedia comprensible que él no vivió solo, porque ya don Emilio no estuvo solo nunca más; a todas partes

le siguió un puñado de canarios que había estudiado con él en aquellas aulas, con un afecto sólo comparable al afecto que él les tomó. Yo no hice ese viaje, ni pude decirle, entonces, cuánto sentí aquel desgarró suyo; una vez me habló, en una de las múltiples entrevistas que me dejó hacerle, de ese trance, y sé cómo es la voz entrecortada del maestro, lo supe en ese instante, y no hurgué más; las heridas que siguen en carne viva son la intimidad más pura de una persona, y aunque puede preguntársele por ello, y él pueda decir verbos y sustantivos y adjetivos que definan el momento y lo hagan historia, es tan de actualidad esa pérdida en su alma que uno se resiste a preguntar como se puede preguntar sobre lo que acaba de acontecer y es triste.

Pero ahora que hemos llegado a ese momento fronterizo en que estaba pero ya no estaba don Emilio con nosotros en Tenerife, déjenme que les haga una confidencia radical: nos entraron celos, no nos pareció justo que nos abandonara. Era demasiado temprano para dejarnos sin maestro. Es cierto que por entonces yo mismo encontré a don Domingo Pérez Minik en una calle de Santa Cruz y ya sería mi maestro, mi otro maestro, toda la vida, pero sentí (y sentimos) la marcha de don Emilio como una carencia sin fondo, como aquella carencia que sintió Miguel Hernández cuando le abandonó (de modo mucho más trágico, qué duda cabe) su amigo Ramón Sijé.

Recuperamos el contacto muchos años más tarde; don Emilio ha seguido cumpliendo años y encargos, ahora es un reputado académico, sus amigos de todo el mundo se juntan para rendirle homenajes (entre otros, éste en el que tengo el honor de ser llamado a colaborar), él mismo ha escrito libros extraordinarios (sobre la democracia, sobre la ética, sobre la infelicidad, es decir, sobre la felicidad, sobre la amistad), ha presidido tribunales acerca de la pureza (o impureza) de la televisión, da conferencias, explica su memoria y la memoria de la filosofía, y no para de andar, en su barrio, en Madrid, en distintas ciudades, en el mundo. Un día el gran Rafael Azcona, miembro ilustre de su generación escachada y salvada, se encontró con él cerca del parque del Retiro. Lledó le preguntó qué hacía por allí, y el guionista de *El verdugo* le dijo: “Venía por aquí por si le encontraba”. Era una broma de Azcona: había llegado tan lejos desde su domicilio porque rumiaba una pena, y simplemente se encontró con don Emilio. Pero muchos nos hacemos los contradizos porque queremos seguir sabiendo qué piensa don Emilio de las cosas. Y si le encontramos sabemos que vamos a tener una porción de aquella gozada que era tenerle como maestro.

Muchas veces me pregunto (y le pregunto) qué le ha mantenido tan similar a lo que era. Yo creo que las ideas son salud; lo contrario de las ideas, las malas ideas, son grumos (es su expresión) que se instalan en la cabeza y la rompen en mil pedazos; las ideas pueden ser, decía Ángel Ganivet, redondas y picudas, y son mejores las ideas redondas, aquellas que ruedan en busca de otras ideas. Don Emilio hizo circular entre nosotros las ideas redondas, que vinieron bajando, o subiendo, hacia nosotros,

y nosotros desde entonces les seguimos dando vueltas, como quien disfruta con un juguete que una vez le regaló su padre muy querido. En el mejor sentido de la palabra, este ideólogo de la libertad, de la amistad, de la imaginación, de la educación y de la inteligencia, es un padre. Lo era cuando estaba allá arriba, hablándonos de la historia de los filósofos como si hablara de parientes o amigos suyos con los que jugaba al billar en Alemania, y lo es ahora, cuando lo buscábamos por teléfono o en las esquinas con el mismo afán con que decía buscarlo Azcona, para saber qué siente, y para saber cómo debemos sentirnos ante un mundo que es mejor porque él nos enseñó a verlo con la capacidad de entendimiento que le ha llevado a lo más hondo de nuestro propio entendimiento emocional.

Es un maestro que nos enseñaba de pie, como si estuviera deseando que nosotros creyéramos.